

hasta imponer un culto, cambiaron también ese orden de construcción de sus iglesias y las adornaron por la parte del paisaje y del cielo.

Con objeto de que los sostenes de la aérea nave estuvieran en armonía con el todo del edificio, el cincel tomó á su cargo el embellecerlos: no se veían más que arcos de puentes, pirámides, obeliscos y estatuas.

Los adornos que no estaban adheridos al edificio seguían la uniformidad del estilo: las tumbas eran de forma gótica y la basílica que como un gran catafalco se elevaba sobre ellas, parecía haber sido vaciada en el mismo molde. Las artes del dibujo participaban del gusto compuesto y florido; en las paredes y en los cristales de las ventanas, se veían pintados paisajes y escenas de religión y de la historia nacional.

En las casas de los grandes señores formaban el techo de los salones escudos de armas pintados y separados por losanges dorados, formando un todo semejante al de los artesonados techos, que se veían en los hermosos palacios de los *cinque cento* en Italia. Hasta en la letra comun entraba en gran parte el dibujo; el geroglífico germánico que había sustituido al trazo rectilíneo romano, armonizaba con el estilo de las piedras sepulcrales. Las torres aisladas puestas á manera de garitas en las alturas; las fortalezas rodeadas de bosques ó suspendidas en lo alto de las rocas como un nido de buitres; los puentes angulares y estrechos atrevidamente construidos sobre los torrentes; las ciudades fortificadas que se encontraban á cada paso y cuyas almenadas murallas servían á la vez de seguridad y de ornamentación; las capillas, los oratorios, las ermitas colocadas en los sitios más pintorescos al margen de los caminos y de los ríos; los campanarios con sus caprichosas veletas, las abadías, los monasterios, las catedrales y por decirlo de una vez todos esos edificios, que ya no se ven sino en número muy reducido, y al través de las mutilaciones causadas por el tiempo, ostentaban en aquella época toda la pompa, todas las galas de su juventud. La vista al fijarse en la blancura de sus piedras, nada perdía de la ligereza de sus detalles, ni de la elegancia de sus entretejidas líneas y rasgos, ni de sus bajo-relieves, ni de sus calados, ni de sus recortes, ni de todos los caprichos de una imaginación libre é inagotable.

En el breve espacio de diez y ocho años, desde el 1136 hasta el 1154, nada menos se construyeron que mil ciento quince grandes edificios en solo Inglaterra.

La cristiandad edificaba á expensas de todos los fieles, por medio de cuestaciones y de limosnas, catedrales en aquellos Estados que carecían de fondos para pagar los trabajos, que casi en ninguna parte se llegaron á terminar. En aquellos vastos y misteriosos edificios se grababan en alto y bajo-relieve, como con un saca-bocados, los adornos del altar, los monogramas sagrados, las vestiduras y todos los objetos pertenecientes al culto. Pendones, cruces de diversas formas, cálices, custodias, pálios, capuchas, cayados, mitras cuya forma tiene analogía con el gusto gótico, incensarios, en una palabra, todos los objetos pertenecientes al culto, se veían simbólicamente enlazados y producían inesperados efectos artísticos. Con frecuencia los canalones de los tejados representaban figuras de obscenos diablos, ó de frailes en ademanes grotescos. Aquella arquitectura era una sorprendente mezcla de lo trágico y lo ridículo, de lo gigantesco y lo gracioso. Ese mismo gusto dominaba en las producciones literarias de la época.

Las plantas de nuestro suelo, los árboles de nuestros bosques, el trébol y la encina entraban en la ornamentación de las iglesias, así como el acanto y la palmera embellecieron los templos edificadas en el país y siglo de Pericles. En lo interior cada catedral era á modo de un bosque, un laberinto cuyas mil co-

lumnas se cruzaban, separaban y volvían á unirse á cada movimiento del que las miraba. Este bosque recibía la luz por rosetones compuestos de vidrios pintados que parecían soles brillando con mil colores bajo la enramada: en lo exterior la catedral presentaba el aspecto de un edificio que aun conservaba el armazón de los arcos y andamios que se habían empleado para construirlo.

#### TRAGES, SOLEMNIDADES Y DIVERSIONES PÚBLICAS.

La población que se agitaba en torno de aquellos edificios, está descrita en las crónicas y pintada en las viñetas. Distinguíanse también las diversas clases de la sociedad y los habitantes de las diversas provincias, unos por la forma de sus vestidos, y otros por modas locales. Las poblaciones no ofrecían ese uniforme aspecto que un mismo modo de vestir da en la actualidad á los aldeanos y á los habitantes de las ciudades. La nobleza, los caballeros, los magistrados, los obispos, el clero secular, los religiosos de todas las Ordenes, los peregrinos, los penitentes grises, negros y blancos, los eremitas, las cofradías, los artesanos, los labradores y la clase media, presentaban una variedad infinita de trages, cual en pequeño se conserva aun en algunos puntos de Italia. Sobre este particular es preciso referirse á las artes, confesando que en realidad es muy poco el partido que el pintor puede sacar de nuestros trages ajustados, y de nuestros sombreros redondos ó apuntados.

Entre los siglos XII y XIV el labrador y el hombre del pueblo llevaban un chaqueton pardo, sujeto á los costados por medio de un cinturón. El sayo de piel (*pélicon*), del cual tal vez ha nacido la sobrepelliz, era comun á todas las condiciones. El pellico y la túnica talar á lo oriental eran el traje propio del caballero cuando se desnudaba de su armadura; las mangas de esa túnica cubrían las manos y toda ella era parecida al *caftan* que hoy gastan los turcos. La toca adornada de plumas, el capuchon ó el sombreroillo hacían las veces de turbante. De la túnica ancha cual se acaba de describir, pasaron al traje ceñido y luego volvieron otra vez á la túnica adornada con el blason del que la usaba. Los calzones rayaban en lo indecente por lo angostos y cortos, pues no cubrían más que medio muslo, y las medias eran desiguales en color. Otro tanto sucedía con la especie de casaca que cubría el cuerpo y cuya mitad era blanca, y la otra negra, y con el sombrero azul por un lado y encarnado por otro. «Tan estrechos llegaron á ser sus vestidos que al ponerlos ó quitarlos no parecía sino que la persona quedaba desollada. Otros gastaban vestidos abultados sobre los riñones como si fueran mujeres, y traían sombreroillos menudamente festoneados todo alrededor. Las piernas de sus calzones eran de distinto paño, y como la extremidad de las mangas llegaba hasta el suelo, parecían unos verdaderos juglares. No hay pues que extrañarse de que Dios quisiera corregir las maldades de los franceses descargando su azote (la peste).

«Todo este traje quedaba cubierto los días de ceremonia por una capa, tan pronto corta como larga. «La de Ricardo I era una tela rayada guardada de globos y medias lunas de plata, imitando el sistema planetario» (Winisau). El collar era un adorno comun á hombres y mujeres.

Los zapatos de punta retorcida, llamados á la *poulaine*, fueron de moda por mucho tiempo. El artesano les daba por encima un corte parecido á las ventanas de las iglesias: el noble los usaba con una punta de dos pies de largo y su extremidad estaba adornada de cuernos, de garras ó de otras figuras grotescas: todavía se fueron prolongando más las puntas, de manera que ya no fue posible andar sin llevarlas sujetas á la rodilla por medio de una cadena de oro ó plata. Los

obispos lanzaron excomunión contra los que usaban esta moda y la trataron de *pecado contra natura*. Por último se declaró que *eran contra las buenas costumbres, y que con semejante invención se insultaba al Creador*. En Inglaterra se prohibió á los zapateros por medio de un acto del parlamento hacer calzado cuya punta pasara de dos pulgadas. A los zapatos en forma de pico sucedió la moda de las babuchas anchas y de punta cuadrada. Las modas variaban en aquellos tiempos tanto como en los presentes. Cualquiera señora ó caballero que imaginaba un nuevo capricho (*haligote*), podía aspirar á cierta celebridad. El inventor del calzado á la *poulaine* fue un caballero inglés llamado *Robert le Cornu*. (W. MALMESBURY).

Las hidalgas (*gentilfames*), usaban sobre la piel lienzos muy finos y luego se envolvían en una túnica que subía hasta la garganta con el escudo de armas de su marido á la derecha y el de su propia familia á la izquierda. Unas veces alisaban el cabello sobre la frente sujetándolo con un bonetillo adornado de lazos, otras lo dejaban flotar enteramente suelto por la espalda, y otras lo reunían en trenzas de manera que formaba una especie de pirámide que alguna vez llegaba á tener tres pies de elevación. De aquí suspendían largos velos y cintas, que á manera de banderolas iban flotando á su alrededor. Hubo un tiempo en que fue preciso dar ensanche á las puertas de las habitaciones para que sin descomponerse pudiera pasar el peinado de aquellas señoras. Sostenían el armazón de semejantes peinados dos retorcidos cuernos, de uno de los cuales, el de la derecha, descendía una ligera banda, que la jóven dejaba flotar, sujetaba al pecho ó llevaba enroscada en el brazo. Una mujer vestida de toda gala ostentaba collares, sortijas y brazaletes. De su cinturón recamado de piedras preciosas pendía una escarcela bordada, y cabalgaba llevando en su muñeca un halcón, ó un bastoncillo en la mano. «Qué cosa más ridícula, decía el Petrarca en una carta que escribió al Pontífice en 1336, que ver hombres con el vientre fajado, con zapatos puntiagudos, y con tocas cargadas de plumas, con cabellos trenzados flotando por detrás de la cabeza como la cola de un animal, ó sujetos sobre la frente con pasadores de cabeza de marfil.» Pedro de Blois, añade, que la moda exigía afectación en el hablar. ¿Y en qué lengua cabía esa afectación? ¿En la lengua de Roberto Wace, de Roman de Rou, de Ville-Hardouin, de Joinville y de Froissard!

El lujo de los trages y el que se empleaba en las diversiones públicas era superior á cuanto se puede creer; no somos más que unos mezquinos personajes en comparación de aquellos bárbaros de los siglos XIII y XIV. En un torneo se presentaron mil caballeros llevando uniformemente un traje de seda, que se llamaba *cointise*, y al día siguiente parecieron todos con otro vestido no menos magnífico (MATTHIEU PARIS). Uno de los vestidos de Ricardo II rey de Inglaterra, había costado treinta mil marcos de plata (ΚΥΒΕΤΗΟΝ). Juan Arundel tenía cincuenta y dos trages completos de tisú de oro.

En otro torneo desfilaron por de pronto sesenta magníficos caballos ricamente enjaezados, conducidos cada cual por un escudero de honor y precedidos de músicos y trovadores; en seguida aparecieron sesenta señoritas espléndidamente vestidas cabalgando en soberbios corceles y llevando cada cual sujeto con una cadencia de plata á un caballero armado de punta en blanco. La música y el baile completaban la magnificencia de esas diversiones (*bandors*). El rey, los barones, los caballeros y los prelados, saltaban alegremente al son de la gaita y de los rústicos instrumentos que entonces se usaban.

Durante las festividades de Navidad solían disponerse grandes mojigangas. En Inglaterra se prepara-

ron (A. 1348) ochenta túnicas, cuarenta y dos carretas, y un gran número de vestidos extraños para las máscaras.

En 1377 una comparsa de más de ciento treinta personas disfrazadas de diversos modos divirtió grandemente al príncipe de Gales.

La pelota, el mallo, la paleta, los bolos y los dados traían revueltos á todos los hombres. Todavía se conserva una nota de Eduardo II, en la que dice deber á su barbero cinco chelines que le había pedido prestados para jugar á cara ó cruz.

#### COMIDAS.

El sonido del clarín anunciaba en casa de los nobles que era ya llegado el momento de comer, y como la urbanidad exigía lavarse las manos antes de sentarse á la mesa, es de presumir que de esa costumbre nació la frase militar de *tocar al agua* (*corner l' eau*). Comían á las nueve de la mañana y cenaban á las cinco de la tarde. Sentábanse en bancos cuya altura estaba en relación con la de la mesa. De aquí proviene la palabra banquete. Había mesas de oro y de plata cinceladas; pero las que eran simplemente de madera se cubrían con manteles procurando que sus pliegues imitasen *las ondas de un río suavemente encrepadas por un fresco vienteillo*. Las servilletas datan de una fecha más reciente: tampoco fue conocido el uso del tenedor hasta fines del siglo XIV, y la primera vez que se hace mención de ellos es en tiempo de Carlos V.

Alimentábanse poco más ó menos de los mismos manjares que usamos en la actualidad; pero en su confección empleaban refinamientos que no han llegado hasta nosotros; no había la civilización romana perecido por lo tocante á la cocina. Entre los manjares exquisitos que según consta se usaban en aquel tiempo en Francia, se hace mención de los llamados *dellegroux*, *maupigyrum* y *karumpie*. ¿Quién sabrá la significación de tales nombres? Daban formas obscenas á ciertos ojaldres, y los eclesiásticos, las mujeres y hasta las niñas, no se ruborizaban de llamarlos con el nombre propio de lo que representaban. La lengua andaba todavía sin trabas, las traducciones de la Biblia conservaban toda la desnudez del original. *La instrucción del caballero Godofredo la Tour-Landry, noble angevino á sus hijas*, puede marcar el límite de la libertad de la enseñanza y la conversación.

Bebían en abundancia cerveza, cidra y vino de todas calidades: hácese mención de la cidra en tiempo de la segunda raza. Lo que llamaban clarete era vino clarificado y sazonado con especias, y el hipocrás era vino dulcificado con miel. En un festín que cierto abad dió en Inglaterra (A. 1310), se reunieron seis mil convidados á comer tres mil platos. Treinta mil se sirvieron en la comida de boda del conde de Cornouailles (A. 1243), y siete años después el arzobispo de York suministró sesenta cebones para los festines con que se había de celebrar el casamiento de Margarita de Inglaterra con Alejandro III, rey de Escocia. Los banquetes régios iban acompañados de intermedios de música en los cuales se cantaba toda clase de canciones.

«Cuando el rey (Enrique II de Inglaterra), sale por la mañana, dice Pedro de Blois, se ve una multitud de hombres corriendo de aquí para allí como si estuvieran dementados; los caballos se precipitan unos sobre otros; los carruajes chocan entre sí. Cómicos, cortesanas, juglares, cocineros, bufones, bailarines, parásitos y barberos, producen una confusión tan horrorosa é insoportable, que casi podría decirse que el abismo se ha abierto y el infierno ha vomitado todos sus diablos.»

Cuando Tomás Becket (Santo Tomás de Cantor-

bery), iba de viaje, le seguían mas de doscientos caballeros, escuderos, pajes é individuos de su servidumbre. Juntamente con él caminaban ocho carros, tirados por cinco poderosos caballos y ocupados de muebles y provisiones: además llevaba doce acémilas cargadas con los cofres que contenían su dinero, su vajilla de oro, sus libros, sus vestidos y sus ornamentos de altar. Cada carro iba custodiado por un enorme mastín montado por un mono (SALISB).

Necesario fue oponerse á las prodigalidades de la mesa por medio de leyes suntuarias. Estas no permitían á los ricos mas que dos servicios, ó sea dos especies de manjares; dejaban á los prelados y barones en libertad de comer lo que quisieran, y sujetaban á los mercaderes y artesanos al uso de carne en una sola comida, debiendo contentarse en las demás con leche, manteca, ó legumbres.

## COSTUMBRES.

Encontrábanse por los caminos carrozas ó literas, mulas, palafrenes y carros de bueyes, cuyas ruedas seguían conservando la forma antigua. Los caminos se dividían en peageros (*peageaux*) y senderos: su anchura estaba determinada por reglamentos especiales, no pudiendo los de primera clase tener menos de catorce piés. Permitíase en las márgenes de los senderos crecer algun árbol que los cubriera con su sombra; pero en el linde de los otros se debían arrancar todos los árboles, excepto los que entonces se llamaban de abrigo. La servidumbre feudal abrió esa multitud infinita de caminos de travesía que surcan las campiñas francesas.

Aquella era la época de toda clase de maravillas: capellanes, frailes, peregrinos, caballeros, trovadores, todos tenían que referir ó cantar alguna aventura. Sentados por la noche alrededor del hogar, todos escuchaban con atención al que contaba las hazañas del rey Artur de Inglaterra, ó las aventuras de Ogier el Dinamarqués, de Lanzarote del Lago, ó la historia de algun gran hechicero que cabalgaba en las nubes.

Después de esos cuentos el auditorio se complacía en oír la declamación del juglar contra algun felou caballero, é la relación de la vida de algun piadoso personaje. Las mismas vidas de los santos recogidas por los Bolandos, participan en algun modo de los brillantes rasgos de imaginación característicos de aquella época: encuéntranse encantos de hechiceros, jugarretas de brujas y malignos espíritus, hombres convertidos en lobos, esclavos rescatados, ataques de saltadores, viajeros extraviados, y que por último venían á casarse con las hijas de sus huéspedes (*San Máximo*); fuegos fatuos que en medio de los bosques revelaban la tumba de alguna virgen, y palacios que al parecer se iluminaban súbitamente.

Habiéndose extraviado San Deicola encontró un pastor y le suplicó le enseñara un sitio donde poder albergarse aquella noche. «No hay ninguno, contestó el pastor, no siendo la morada del poderoso vasallo Weissart, situada en un paraje regado de fuentes.—¿Podrías conducirme á ella? preguntó el Santo.—No me es posible abandonar el rebaño, replicó el pastor.» Deicola fijó su háculo en tierra, y cuando el pastor regresó después de haber acompañado al Santo, vió que su rebaño permanecía pacíficamente echado en torno de aquel bastón milagroso. Weissart, terrible dueño del castillo en que Deicola había pedido asilo, le amenaza por de pronto con mandarlo mutilar, pero por fin se aplaca á los ruegos de su esposa Bertilde que profesa gran veneración al siervo de Dios. Deicola entra en la fortaleza; los criados se apresuran á servirle y quieren desembarazarle del peso de la capa; el Santo les da las gracias, se la quita con sus propias manos, y la cuelga de un rayo de

sol que entraba por la tronera de una torre. (BOLL. tomo II, p. 202).

Girardo, natural del país de Gales, cuenta en su Topografía de Irlanda, que estando San Kewen con los dos brazos extendidos haciendo oración entró una golondrina por la ventana de la celda, y puso entre sus manos un huevo. El Santo no bajó sus brazos hasta que la golondrina acabó de poner, y empollar todos sus huevos. En recuerdo de tanta bondad y paciencia, se ve en Irlanda la estatua de aquel solitario con una golondrina en la mano.

El abate Turketult poseía un dedo pulgar de San Bartolomé, y con él se persignaba cuando se veía en algun peligro, ó estallaba una tempestad.

Los bárbaros amaban á los anacoretas, considerándolos como soldados de distinta milicia: pero igualmente aguerridos, igualmente inexorables para sí mismos, durmiendo sobre la dura tierra, habitando entre las rocas, complaciéndose en largas peregrinaciones, y en la inmensidad de los desiertos y de los bosques. Así es que hubo ermitaños que dirigieron batallas: por la noche se acampaban en los cementerios, y allí componían y cantaban á la multitud armada el *Dies iræ* ó el *Stabat mater*. Los anglo-sajones vieron nada menos que diez reyes y doce reinas que abandonaron el mundo y se retiraron á un claustro. Sin embargo, á fin de que nadie se deje engañar por el sonido de esas palabras, conviene tener presente que aquellas reinas no eran otra cosa que mujeres de los piratas del Norte que habían venido en sus barcos, y celebrado sus bodas sobre carros como las hijas de Clodoveo el de la larga cabellera, hermosas y blancas noruegas que pasaban de los dioses del Edda al Dios del Evangelio, y de los personajes fabulosos de la mitología de aquel país á los ángeles del cristianismo.

## CONTINUACION DE LAS COSTUMBRES.—VIGOR Y FIN DE LOS SIGLOS BÁRBAROS.

Desarrollar metódicamente el cuadro de las costumbres de aquel tiempo, sería intentar un imposible y desmentir la confusión de aquellas costumbres. Preciso, es pues, presentar todas aquellas escenas en el mismo desorden en que se verificaban, ó encadenándose en una misma acción y en un mismo momento: no se echaba de ver espíritu de unidad mas que en el movimiento general que impelia la sociedad hácia su perfeccionamiento por la ley natural de la existencia humana.

Por un lado se veía campear el ardor de la caballería, por otro la sublevarción en masa de los aldeanos; todos los desarreglos de la vida en el clero y todo el ardor de la fe. Qiróvagos, ó monges errantes caminando á pie ó en alguna pequeña mula, predicaban contra todos los escándalos, dejándose quemar vivos por los papas cuyos desórdenes les echaban en rostro, ó ahogar por los príncipes cuya tiranía atacaban. Nobles había que se emboscaban cerca de los caminos y desvalijaban á los pasajeros, en tanto que otros nobles se apoderaban en España, en Grecia y en Dalmacia de inmortales ciudades cuya historia ignoraban. Existían tribunales de amor donde se disertaba con arreglo á todas las fórmulas del escotismo, y cuyos miembros eran canónigos. Veíanse por todas partes trovadores y músicos, vagando de castillo en castillo, desgarrando la reputación de los hombres por medio de sus sátiras, y celebrando á las damas por medio de sus baladas; ciudadanos divididos en gremios, celebrando solemnidades patronales en que los santos del cristianismo andaban revueltos con las divinidades del paganismo; representaciones teatrales, milagros y misterios, ejecutadas en las iglesias; fiestas de locos ó de cornudos; misas sacrílegas; sopas comidas sobre el altar; y *el missa est* contestado

por tres rebuznos; varones y caballeros comprometiéndose en medio de misteriosos banquetes á hacer guerra á los pueblos, y jurando sobre un pabo ó una garza real hacer proezas en nombre de sus amigas; judíos degollados ó asesinándose mutuamente, ó conspirando con los leprosos para envenenar los pozos y las fuentes; tribunales de toda especie condenando en virtud de toda clase de leyes á todo género de suplicios; acusados de todas categorías, desde el hereje desollado y lanzado á la hoguera, hasta los adúlteros atados por la espalda y expuestos á la vergüenza pública; un juez prevaricador sustituyendo al homicida rico para condenar y un preso inocente... y por última confusión, por último contraste aparecía la antigua sociedad civilizada según la forma antigua perpetuándose en los conventos; las disputas filosóficas de la Grecia renaciendo entre los estudiantes de las universidades, y mezclándose el tumulto de las escuelas de Atenas y de Alejandría en medio del ruido de los torneos, y de los simulacros y evoluciones marciales. Colóquese por último encima y aparte de esa sociedad tan agitada otro principio de movimiento, una tumba objeto de todas las ternuras, de todos los respetos y de todas las esperanzas, atrayendo sin cesar al otro lado de los mares reyes y vasallos, valientes y culpables, los primeros para buscar enemigos, reinos y aventuras, y los segundos para cumplir votos, expiar crímenes y aplacar remordimientos... Hé aquí toda la edad media.

El Oriente, á pesar del mal resultado de las Cruzadas, fue durante mucho tiempo para los pueblos de Europa el país de la religión y de la gloria. Estos pueblos volvían sin cesar los ojos hácia aquel sol hermoso, hácia aquellas palmeras de Idumea, hácia aquellas llanuras de Rama, donde los infieles descansaban á la sombra de los olivos plantados por Balduino, hácia aquellos campos de Ascalon que aun conservaban las huellas de Godofredo de Bouillon, de Coucy, de Tancredo, de Felipe Augusto, de Ricardo Corazon de Leon y de San Luis, hácia aquella Jerusalén, que después de un momento de libertad, ha-

bia vuelto á caer en cautiverio, y que se presentaba á los pueblos de Occidente como en otro tiempo á Jeremías, escarnecida de los pasajeros, anegada en sus propias lágrimas, privada de su pueblo y sentada en la soledad.

Tales fueron aquellos siglos de imaginación y de vigor que pasaron con todo ese aparato en medio de los sucesos mas variados, en medio de herejías, cismas, guerras civiles y extranjeras; aquellos siglos doblemente favorables al genio por la soledad de los claustros para quien la apetecía, ó por una sociedad la mas extraña y variada para quien la prefería á la soledad. Ni un solo punto había donde no acaeciera algun nuevo suceso, pues cada señorío lego ó eclesiástico era un pequeño Estado que gravitaba en su órbita y tenía sus faces: á diez leguas de distancia ya no se parecían las costumbres. Ese órden de cosas extremadamente perjudicial á la civilización general, daba un extraordinario movimiento al espíritu particular: así es que todos los grandes descubrimientos pertenecen á esos siglos. En ningún tiempo ha vivido tanto el individuo; el rey no pensaba sino en dilatar su imperio; el señor feudal soñaba en apoderarse del estado de su vecino; el ciudadano en el aumento de sus privilegios, y el comerciante en abrir nuevas sendas á su comercio. No se conocía el fondo de ninguna cosa; nada se había agotado; aquella sociedad estaba por decirlo así, en el átrio; en el borde de todas las esperanzas como el viajero que en la cima de la montaña espera la salida del astro cuyo crepúsculo empieza á verse. Registrábase lo pasado con igual ansiedad que el porvenir, y se descubría un manuscrito antiguo con el mismo placer que un nuevo mundo: marchaba la sociedad aceleradamente hácia destinos ignorados como el joven que puede disponer de toda una existencia. La infancia de aquellos siglos fue bárbara; su virilidad se manifestó apasionada y enérgica, y por último dejaron su rica herencia á las edades civilizadas que sustentaron en su fecundo seno.

## PRIMERA PARTE.

## PRIMERA Y SEGUNDA EPOCA DE LA LITERATURA INGLESA.

## LITERATURA BAJO EL REINADO DE LOS ANGLO-SAJONES, DE LOS DINAMARQUESES Y DURANTE LA EDAD MEDIA.

## DESDE LOS ANGLO-SAJONES HASTA GUILLERMO EL CONQUISTADOR.—BRETONES.

## TÁCITO.—POESIAS ERSAS.

ENTREMOS ahora en las diversas épocas de la lengua y de la literatura inglesa. El lector colocará fácilmente en el cuadro que acabo de trazar, los autores y sus obras á medida que se los irá presentando á la vista. Trátase por de pronto de la época anglo-sajona; mas antes de ocuparnos de ella conviene examinar si bajo la dominación romana quedaba alguna huella de la lengua que hablaron los bretones.

César no nos habla mas que de las costumbres de aquellos isleños. Tácito nos ha conservado algunos

discursos de los caudillos bretones: omito la arenga de Caractaco á Claudio, y no citaré mas que fragmentos del discurso de Galgaco en las montañas de la Caledonia, abreviándolo.

«... El día de vuestra libertad principia.... La tierra nos falta: la flota romana nos cierra el paso al mar; solo nos quedan nuestras armas. En el mas ignorado rincón de nuestros desiertos, no viendo ni siquiera de lejos los límites de los países dominados, nuestros ojos no se han empañado con el contacto de la dominación extranjera. Colocados en los últimos confines de la tierra y de la libertad, hemos vivido hasta el presente defendidos por la fama de nuestra soledad y por las sinuosidades del terreno. Ahora se nos presentan á la vista los limi-